

JESÚS MUÑOZ TÉBAR

Tema: "La Intervención de Bolívar y del Ejército
de Colombia en la Independencia del Perú.
5 de julio de 1900

Señor Director: Señores Académicos: Señores:

Es la obligación que me ha traído de la mano hasta la eminencia de esta venerable tribuna, que no de otro modo hubiera yo llegado a semejante atrevimiento. Discurrir sobre asuntos de la historia americana ante vosotros, sacerdotes consagrados a la severa Clío, doctos y discretos, quien apenas está iniciado en los preceptos de su culto sublime, es empresa que necesariamente ha de conturbar el ánimo de quien no sea aventajado maestro. Pero me presta valor en este trance la circunstancia de que esta misma obligación, que no me ha sido dado eludir, hace inevitable vuestra indulgencia conmigo. Bondadosamente habéis querido que venga a ocupar aquí un puesto entre vosotros enaltecíendome, al hacerme vuestro colega, a causa de la vacante lamentable que produjo en esta Corporación la muerte del ilustrado doctor Ezequiel María González, bondadosos debéis también ser ahora que vengo a poner de manifiesto mi deficiencia ante vuestra sabiduría, que así daréis los alientos y estímulos que necesito para mi posterior colaboración en el incesante trabajo de esta augusta Academia.

La intervención de Bolívar y del ejército de Colombia en la independencia del Perú, será el asunto de este discurso, proponiéndome demostrar en él que esa intervención fue repetidas veces solicitada y urgida por el Gobierno de aquel Estado; que fue necesaria para salvar la independencia americana; y que de ningún modo se realizó con violencia, ni con astucia, ni con suspicacia, ni con ánimo ambicioso por parte del Libertador y de sus heroicos conmlitones.

Y juzgo que ha de ser de alguna importancia esta exposición y demostración, porque la idea más esparcida en el público americano, derivada de lo incompleto con que casi siempre se ha relatado este trascendental suceso, es que Bolívar *motu-propio* fue a libertar el Perú, ambicioso de nuevas glorias y de más amplio mando. Pensando así quizás, aunque sin motivo alguno en que afirmar la invectiva, el brillante escritor chileno Vicuña Mackenna en su celebrado paralelo de San Martín y Bolívar, dice que éste "no reconoció autoridad, ni inspiración, ni derecho superior a él mismo: que para él no hubo congresos, ni fronteras, ni nacionalidades".

Y no es eso, señores, lo que dicen los sucesos y los documentos fehacientes de la Historia. Paso a narrar aquéllos y a exponer éstos en el debido orden y con la mayor claridad y precisión que pueden alcanzar mis conocimientos en esta materia.

Aquel inmenso volcán que formaron los abusos de varios siglos de despotismo, y que al finalizar el décimo octavo de nuestra era estalló en Francia y derramó sus ardientes lavas sobre las naciones vecinas, no solamente conmovió a Europa sino sacudió también terriblemente el Continente Americano.

Trescientos años de oscura servidumbre sin esperanza de luz; de trabajo rudo, improductivo y monótono sin esperanza de progreso ni de descanso; de servilismo infame sin esperanza de rehabilitación, habían hecho odiosa en América la autoridad de la monarquía española; y sus colonias, ansiosas de independizarse de un gobierno que tan desdeñoso las veía y tan descariñado las explotaba, esperaban todas la primera ocasión propicia que se presentase al logro de sus anhelos para decididamente aprovecharla.

Era además, señores, muy tentador el ejemplo de los Estados Unidos que florecían robustos y dichosos al amparo de las instituciones republicanas, que con formidable esfuerzo e innumerables sacrificios se habían dado.

Así fue que la noticia de la invasión de Napoleón a España, llegó a sus posesiones de América como cauda chispeante que pasaba sobre reguero de acumulados combustibles.

Casi simultáneamente el grito de independencia estalla estrepitoso al Norte y al Sur de la América Meridional: al Norte, en Venezuela y Nueva Granada; al Sur, en las provincias del Río de la Plata.

La guerra entre opresores y oprimidos enciende las hogueras de sus odios, afila sus armas homicidas: comienza entre unos y otros la lucha encarnizada. A poco correr de los sucesos se destacan sobre aquel piélagos borrascoso de la política, los dos grandes caudillos que han de conducir a fin seguro y glorioso la independencia americana: Bolívar al Norte; San Martín al Sur. Empeñados ambos en el combate comprenden a un tiempo mismo la gravedad de la empresa acometida, porque descubren de frente, no sólo el poder empecinado de España, dispuesto a verter sobre América todas sus fuerzas y todo su encono, sino falange numerosa de sus mismos compañeros educados en las serviles costumbres de la ibérica colonia, reacios los unos, contrarios los otros, inhábiles todos para la existencia democrática.

Se encrucece la guerra: Venezuela y Nueva Granada caen la una y después la otra postradas con pocos alientos de vida a los crueles y rudos golpes de la encolerizada España; pero unidas y valerosas resurgen otra vez de entre el áspero polvo de las derrotas, y desafían soberbias al formidable enemigo. Así nació la gran República de Colombia que iba a tocar con sus fronteras el poderoso virreinato del Perú.

En ese mismo tiempo San Martín en el Sur, después de liberar las Provincias del Plata, junta nuevas legiones, atraviesa con ellas, paciente y animoso, la empinada cordillera de los Andes, y lucha por la independencia de la fronteriza Chile en dos brillantes y memorables batallas campales que ahuyentan para siempre al opresor de la patria araucana. Pero aquellos dos nuevos Estados del Sur confinan también por el Norte con la populosa y rica tierra de los aniquilados Incas, donde el poder español impera en absoluto.

Conviene ahora preguntar.

¿Era posible concebir la estabilidad de la independencia de las Provincias del Plata y de Chile con la existencia del predominio español en el vasto imperio que regía desde la bella ciudad que el Rimac fertiliza? —No lo era.

¿Era posible confiar en la seguridad de independencia para Colombia con el predominio español fronterizo por el Sur y el amplio mar Caribe por el Norte, fácil a las expediciones marítimas de la Metrópoli? —No lo era.

He ahí, pues, la circunstancia imponiendo el suceso: el Perú español amenaza de muerte la independencia sur-americana: el Perú independiente significa la independencia de toda América.

Es San Martín quien primero piensa en esto, y como dice Vicuña Mackenna "puesto al timón desde la primera hora de su misión sublime, mantiene la proa contra todos los vientos y todas las borrascas hacia el puerto designado que es Lima, la Cartago de América, y mientras sus muros no hayan caído, su obra de redención no se da por terminada: *Delenda Lima* es su divisa".

Y después de la gran victoria de Maipó, desde el cuartel general de Santiago de Chile, San Martín con fecha 13 de noviembre de 1818, dirige a los peruanos su palabra "no sólo autorizado por el derecho con que todo hombre libre puede hablar al oprimido, sino porque los acontecimientos de los últimos nueve años habían demostrado los solemnes títulos con que los Estados ya independientes de Chile y de las Provincias

Unidas del Plata, le mandaban penetrar con sus ejércitos en el territorio del Perú para defender la causa de la libertad de sus hijos".

Tres años más tarde, al investirse en Lima de la Suprema Autoridad del Perú, exclama: "Al encargarme de la importante empresa de la libertad de este país, no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la sagrada causa de la América y de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de aquéllos se ha realizado ya; pero la obra quedaría incompleta y mi corazón poco satisfecho si no afianzase para siempre la seguridad y la prosperidad futura de los habitantes de esta región. Desde mi llegada a Pisco anuncié que por el imperio de las circunstancias me hallaba revestido de la Suprema Autoridad y que era responsable a la Patria del ejercicio de ella. No han variado aquellas circunstancias puesto que aún hay en el Perú enemigos exteriores que combatir; y por consiguiente, es necesario que continúen reasumidos en mí el mando político y el militar. Espero que al dar este paso se me hará la justicia de creer que no me conducen ningunas miras de ambición, sí sólo la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida tan agitada; pero tengo sobre mí una responsabilidad moral que exige el sacrificio de mis más ardientes votos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata, me han hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de Congresos, cuando aún subsistían enemigos en aquellos países: primero es asegurar la independencia; después se pensará en establecer la libertad sólidamente".

Fue al año siguiente de la proclama de San Martín en Santiago de Chile que Bolívar venció en Boyacá; y dos años después de Boyacá, en Carabobo; y cuando San Martín ya ocupaba a Lima, entonces marchó a Quito, a donde llegó entusiasmado con los frescos laureles de Bombona a dar estrecho abrazo al vencedor de Pichincha.

Solidaria como era la causa de la independencia de América, San Martín, ya victorioso en el Perú, envió una fuerte división de su ejército al mando del general Santa Cruz para auxiliar a Sucre en sus operaciones militares al sur de Colombia. El ejército unido de Colombia y del Perú fue quien venció en Pichincha, libertó a Quito, y completó la independencia de la Gran República que presidía Bolívar por nombramiento de su soberano Congreso.

¿Podría ser sospechado jamás de maldad alguna el auxilio enviado por San Martín a Sucre, trasponiendo las fronteras de Colombia? Imposible, señores, imposible.

Bolívar, apreciando altamente tan oportuno y abnegado servicio, colmó de atenciones a Santa Cruz y a su brava división; y necesariamente ofreció a San Martín la gratitud de Colombia y la reciprocidad de los auxilios de esta República cuando de ellos pudiera necesitar el Perú, o Chile, o Buenos Aires.

Hasta aquí, señores, en todo el proceso histórico por donde voy orientando mis ideas, los hechos aparecen limpios y se suceden con naturalidad, sin tropiezo alguno por el carril de la más severa rectitud. Pero voy a señalar ahora el único punto que quiso alguna vez presentarse como vulnerable, y a demostrar que tampoco puede serlo ante el criterio imparcial y justo.

Ese punto es Guayaquil.

El día 9 de octubre del año de 1820, la provincia de Guayaquil proclamó su independencia y se constituyó como Estado autónomo. La superior inteligencia de José Joaquín Olmedo, presidía aquel movimiento, y probablemente para quedar en expectativa de los sucesos vecinos que venían desenvolviéndose, optó por la actitud autonómica antes de que la Provincia se declarase incorporada a la República de Colombia que la contaba como parte de su territorio, o anexionada al Perú, que si no la reclamaba la apetecía.

Hubo ciertamente en Guayaquil vacilaciones sobre a cuál de los dos nuevos Estados limítrofes, aún en gestación habría de unirse la Provincia. Por una parte las frecuentes y provechosas relaciones de su magnífico puerto marítimo con todos los puertos del Perú y principalmente con el Callao, le formaban vínculos estrechos con aquel país. Por otra parte la provincia de Guayaquil, desde muchos años atrás, había sido desmembrada del Gobierno de Lima y agregada a la Presidencia de Quito que dependía del Gobierno de Bogotá, aunque Aymerich aseguró en cierta ocasión lo contrario, fuese maliciosamente para no darle entrada en el armisticio de Colombia, o porque realmente para aquel tiempo la jurisdicción puramente militar de Guayaquil correspondía al Perú. Pero es indudable que políticamente aparecía como parte integrante de Colombia en virtud de la doctrina consentida entonces del *uti possidetis*.

Es necesario declarar, sin embargo, que Bolívar y los jefes colombianos que tuvieron entonces que hacer la campaña de Quito, contemporizaron con aquella actitud, porque con ella se contribuía eficazmente a la emancipación porque todos luchaban.

En enero de 1821 el Libertador envió en comisión al general Mires para felicitar en Guayaquil a su Junta Gubernativa por la transformación política que había realizado; para conducir un parque con que levantar allí un cuerpo de ejército si así lo consentía el Gobierno de la Provincia; y para otros encargos importantes.

Al llegar Mires a Guayaquil dirigió a su Junta Gubernativa una nota respetuosa y cortés en que cumplía el encargo que llevaba, pero en la cual estampó la idea de que él consideraba la Provincia como una de las que constituían la República de Colombia, acaso, siguiendo para ello verbales instrucciones del Libertador.

Olmedo en su franca y cordial contestación a Mires, refiriéndose a esa intencionada declaración del comisionado de Bolívar, expuso lo siguiente que explica las verdaderas aspiraciones de los guayaquilenses:

"La ligera indicación que hace US. en su nota, sobre la agregación de esta Provincia a la heroica República de Colombia, merece una contestación tan detenida y extensa que más bien debe ser materia de varias conferencias. Por ahora me contento con decir a US. que después de proclamada la independencia de la Provincia, nuestros únicos votos han sido sostenerla y cooperar a la causa de América y al engrandecimiento de la República. Desde los principios hemos conocido que esta Provincia por su pequeña extensión, por su corta población, por la escasez de luces y por el atraso lamentable de la agricultura y de las artes, no puede ni debe ser un Estado independiente y aislado, y necesita el apoyo de un Estado más fuerte y poderoso para entrar en la carrera de su prosperidad y marchar con firmeza en la de su libertad. Por tanto, en el Reglamento de Gobierno aprobado por la Junta General como una Constitución provisora, se ha declarado esta Provincia en libertad de agregarse a cualquiera grande asociación que le convenga de las que han de formarse en la América Meridional."

No puede desearse, señores, una declaración más explícita, ni más autorizada.

Dado, pues, ese estado de cosas, fácil es comprender que después de la decisiva batalla de Pichincha y de la llegada del Libertador a Quito, la mayoría, la casi totalidad de los guayaquilenses se pronunciaron decididos por la incorporación de la Provincia a la grande y gloriosa Colombia, que en aquellos días se mostraba ante el mundo resplandeciente de poder y de merecimientos y era centro de vigorosa atracción para las voluntades que su inmenso prestigio inclinaba amables y entusiastas.

Así aconteció; aunque en lucha ese sentimiento popular con la vanidad herida de la Junta Gubernativa, y con la propaganda malévolas de unos pocos que hablaban de incorporación al Perú. La llegada de Bolívar a Guayaquil el 11 de julio de 1822, produjo la exaltada manifestación que era de esperarse; y la graciosa hija del Daule quedó a poco definitivamente incorporada a Colombia.

Pero Mires, Sucre, Bolívar mismo respetaron siempre aquella actitud independiente de la benemérita Provincia, hasta el momento en que la mayoría de sus habitantes con públicas y solemnes formalidades resolvió el término de la desavenencia.

El expediente de esta causa que se formó e imprimió entonces es irrefutable, e ingenuas y valiosas declaraciones posteriores lo confirman.

Prosigo ahora, señores, en la narración de los trascendentales sucesos con que he de finalizar la exposición de los que interesan al tema de mi discurso.

El general San Martín, desde Lima, con fecha 13 de aquel julio, escribía al general Bolívar lo siguiente:

"Los triunfos de Bomboná y de Pichincha han puesto el sello a la unión de Colombia y del Perú asegurando al mismo tiempo la libertad de ambos Estados. Yo miro bajo este doble aspecto la parte que han tenido las armas del Perú en aquellos sucesos, y felicito a V. E. por la gloria que le corresponde al ver confirmados los solemnes derechos que ha adquirido al título de Libertador de Colombia. V. E. ha consumado la obra que emprendió con heroísmo, y los bravos que tantas veces ha conducido a la victoria, tienen que renunciar a la esperanza de aumentar los laureles de que se han coronado en su patria si no los buscan fuera de ella. El Perú es el único campo de batalla que queda en América, y en él deben unirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que han sido vencidos en todo el Continente. Yo acepto la oferta generosa que V. E. se sirve hacerme en su despacho de 17 del pasado: el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V. E. a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna: espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuido a plantar el pabellón de esa República en el Sur de su territorio."

Señores, seguramente habéis sentido como yo, a la lectura de esa nota del inmortal Patricio argentino, esparcirse de ella cual delicado perfume el sentimiento de la más pura y cordial confraternidad.

Pocos días después San Martín se embarca en el Callao y llega a Guayaquil el 25 de aquel mismo mes a dar estrecho abrazo a Bolívar. ¡Sublime abrazo! Fue como la conjunción de dos soles.

Cuarenta horas solamente permanece en aquella ciudad el héroe de Chacabuco y de Maipó, acariciado por el Libertador de Colombia y festejado por el entusiasta pueblo guayaquileño.

La humana suspicacia, atraída siempre tan poderosamente por cuanto tiene para ella algo de desconocido o misterioso, ha querido dar a esta memorable reunión de los dos ilustres caudillos una importancia recóndita que es casi seguro ni remotamente ha tenido.

Los plenipotenciarios de Colombia y del Perú habían ajustado hacía poco un tratado entre las dos naciones para ayudarse recíprocamente en la guerra contra España. Colombia ya en paz, podía ayudar eficazmente al Perú donde un fuerte y aguerrido ejército español se disponía a continuar la lucha, y San Martín venía a ponerse necesariamente de acuerdo con Bolívar sobre los auxilios que habían de suministrarse y aun sobre el plan general de la final campaña. Y fue San Martín, dictador, quien vino a Guayaquil porque Bolívar no podía, como Presidente Constitucional de Colombia, separarse del territorio de la República sin el previo permiso del Congreso.

El Libertador hasta entonces no había pensado ir al Perú. En toda su correspondencia de aquel tiempo, especialmente en la íntima que dirigía a sus amigos de Caracas, en esa correspondencia en que se vierte sin ambages el sentimiento del corazón, Bolívar anunciaba con alegría, y orgullo la buena nueva de la paz de Colombia, y su regreso a fines de ese mismo año a Bogotá para renunciar la

Presidencia de la República y seguir a la amada ciudad de su nacimiento, desatado ya del fatigante servicio de las altas Magistraturas, a vivir la sencilla, pero feliz vida familiar y ciudadana.

Al regresar San Martín a Lima encontró la novedad para él jamás sospechada, de haber sido depuesto y desterrado su inteligente primer Ministro, Monteagudo, por una conmoción popular verificada durante su ausencia al calor de muchos que se decían amigos y admiradores del Protector. Comprendió éste en tan descarado atropello del orden, que su popularidad en el Perú, y hasta su influencia en el ejército habían disminuido considerablemente, y que el más ligero fracaso en la campaña las arruinaría por completo: se sintió dolorosamente herido por ingratitudes indignas: descubrió entre las densas sombras de la refinada hipocresía palaciega, crueles y miserables infidencias que le amenazaban y resolvió abandonar el Perú y aun la patria misma.

Reencargado San Martín del mando Supremo pide a Bolívar los auxilios ofrecidos, y el Libertador sin demora devuelve al Perú la División de Santa Cruz repuesta de todas sus bajas; y pocas semanas después envía dos mil colombianos que marchan a Lima a ponerse a las órdenes del Protector.

Pero el caudillo del Sur había tomado ya en lo más íntimo de su conciencia y con el incontrastable vigor de su voluntad, la resolución de dimitir.

Instalado el 20 de setiembre el Congreso del Perú, San Martín renunció ante el Soberano Cuerpo la autoridad de que estaba investido y se alejó para siempre de la tierra de los antiguos incas.

El Congreso peruano confió entonces el Poder Ejecutivo de la nación a un triunvirato que eligió de individuos de su seno y que presidía el general La Mar.

Empezó necesariamente a preocupar al Libertador la suerte de aquel país, y de nuevo ofreció el envío hasta de cuatro mil colombianos más para dar allí el más pronto término a la guerra con los españoles.

La contestación que recibió Bolívar del Congreso y de la Junta Gubernativa del Perú fue lacónica, desdeñosa, hasta vulgar.

El historiador O'Leary, que fue testigo de los sucesos, dice a este propósito lo siguiente: "Olmedo y otros de los que se expatriaron voluntariamente y buscaron asilo en el Perú al fracasar su proyecto de sostener la independencia de Guayaquil, lograron obtener asiento en la Legislatura, a donde llevaron los sentimientos de la vanidad ofendida y de la venganza que abrigaban. Algunos entre ellos sabían disimular su resentimiento, y aunque procuraban ocultar sus pasiones en público, no por eso eran menos hostiles a Colombia, ni fueron estériles sus maquinaciones en daño de la reputación del Libertador: daño que también hacían los que francamente expresaban sus opiniones con la virulencia del espíritu de facción. Los escritos de los unos y las intrigas de los otros estaban de acuerdo en dar a las miras del Libertador el colorido más detestable y repugnante: rebuscaron y sacaron a luz cuanto la malicia española había producido de calumnioso para aducirlo como pruebas de los cargos que hacían. La Mar mismo, el Presidente de la Junta, no estaba exento de los celos vulgares que deshonoraban a algunos de sus colegas en el Gobierno y en el Congreso, y a muchos de sus amigos particulares. Cuando el odio y la envidia ofuscan la razón, no es sorprendente que el error y el crimen guíen al hombre en sus decisiones. A una de estas causas debe atribuirse la resolución del Congreso relativa al generoso ofrecimiento del Libertador, y la manera seca con que la Junta Gubernativa se la transmitió."

Mas ¿era acaso concebible, señores, que no ocupase el ánimo del Libertador la situación del Perú, cuando la veía surgir anárquica frente a un enemigo organizado y emprendedor? Si los españoles se adueñaban nuevamente del Perú ¿no era cierto que peligraba la independencia de Colombia, que tantos y tan enormes sacrificios importaba?

Perdido el Perú para la independencia, la reconquista de Chile era fácil; y lograda ésta, Colombia podía ser atacada por el Sur al mismo tiempo que nuevas y numerosas expediciones marítimas lo hiciesen por el Norte sobre toda la dilatada línea del mar Caribe. Buenos Aires, temerosa del Brasil, se limitaría a defender su propia independencia.

Al desaire hecho ya al Libertador se añadió luego la devolución de las tropas colombianas que fueron enviadas a San Martín, caso que tomaba ya las terribles proporciones de un rompimiento.

Una insurrección que estalla en la Provincia de Pasto en favor del rey de España distrae por algunos días hacia aquel punto todas las atenciones de Bolívar. Enviado Sucre con fuerzas suficientes a dominar aquel imbécil movimiento, lógralo a poco completamente en el reñido combate de Yacuanquer.

De retorno Bolívar a Guayaquil, noticias de Bogotá llegan a alarmar cruelmente su ya intranquilo espíritu. Morales, el feroz general español en Venezuela, por una habilísima estratagema habíase adueñado de Maracaibo e invadido las Provincias de Mérida y Trujillo. El Libertador teme que aquel movimiento adquiriera proporciones peligrosas a la paz de Colombia, y resuelve marchar al punto para Bogotá desde donde le llama el deber de su alta posición. Cinco jornadas llevaba ya hechas en ese camino, aguijoneado de febril impaciencia, cuando recibe nueva y consoladora correspondencia de Santander. Morales se había retirado de las dos Provincias andinas y, encerrado en Maracaibo sería pronto destruido, y con él, el último núcleo español que resistía en Venezuela y en toda Colombia.

Vuelto el Libertador a Guayaquil y sus miradas al Perú, encuentra que allí la situación había alcanzado tal gravedad que ya tocaba el borde de la desesperación. El general peruano Alvarado, que conducía un ejército de cuatro mil hombres, había sido derrotado en Moquegua por el general español Valdés, tan completamente que apenas logró juntar de su tropa para la huida, unos quinientos compañeros.

Los jefes y oficiales de los cuerpos de ejército acantonados en Lima, dieron voz de alarma al Congreso sobre los peligros que corría la independencia del Perú, y pidieron una y otra vez el nombramiento de Riva Agüero para Jefe de la Nación.

El Congreso accedió y el nuevo Magistrado ocupó el solio presidencial el día 27 de febrero de 1823.

Uno de los primeros actos de ese Gobierno, fue el envío a Guayaquil del benemérito general Portocarrero, para comunicar al Libertador el cambio gubernamental ocurrido, darle amplias satisfacciones por el desaire que había sufrido del Gobierno anterior, y pedirle el auxilio de tropas ofrecido por él al Perú tan generosamente.

Recibe Bolívar con sin igual cariño al digno comisionado, y después de oírle, le dice sin vacilaciones: "Señor general, responda usía al Gobierno del Perú que los soldados de Colombia ya están volando en los bajeles de la república para ir a disipar las nubes que turban el Sol del Perú".

Y así sucedía efectivamente, señores, porque dos días después de desembarcado en Guayaquil el general Portocarrero, bajaban el río buques con dos mil colombianos que seguían a desembarcar en el Callao; y dos días después, otros dos mil seguían el mismo rumbo.

El general Portocarrero al despedirse de Bolívar para regresar a su país, satisfecho del admirable resultado de su comisión, le manifestó el deseo de su Gobierno de entregar al Libertador de Colombia el mando de los ejércitos del Perú.

Sin recibir el permiso que ya he solicitado del Congreso de mi patria, djóle Bolívar, no me será dado ir a combatir en la hermosa tierra de los incas; pero mientras llega esa ocasión irá al Perú como Ministro Plenipotenciario de Colombia, el experto e íntegro general Sucre, que trabajará incesante, activa y discretamente por estrechar y afirmar

sólidos vínculos de confraternidad entre las dos naciones.

Sucre, en efecto, fue despachado, investido de tan elevado carácter, y recibido en Lima con las mayores demostraciones de aprecio.

Pocas semanas trascurrieron cuando una segunda comisión enviada por el Presidente del Perú llegó a Guayaquil a reiterar la súplica de la pronta marcha de Bolívar al infortunado país; pero esta comisión tornó a Lima con la misma contestación dada a Portocarrero.

Nueva insurrección en Pasto distrae otra vez el ánimo del Libertador de sus ansiedades por la suerte del vecino Estado, y cuando después de vencerla personalmente regresa a Quito, encuentra allí la tercera embajada peruana, constituida ahora por Olmedo, el resentido Presidente de Guayaquil, que será luego el inspirado e inmortal cantor de Junín, y por el eximio y venerable patriota Sánchez Carrión.

Dejad de oír, señores, por un momento mis pobres palabras para admirar la elocuencia de Olmedo.

"Señor, dijo de pie frente a Bolívar, el Congreso del Perú ha querido fiar a una diputación de su seno la honra de renovar a V. E. sus sentimientos de consideración y de gratitud, y de reiterarle los ardientes deseos de que su presencia vaya a poner un fin pronto y glorioso a los males de la guerra. —Los enemigos han ocupado la capital de la república: la devastación precede y sigue por todas partes la marcha del engreído y sanguinario Canterac: todas las huellas de sus pastos quedan cubiertas de sangre y de cenizas. —Pero pasada la tempestad presente parecerá más hermosa la libertad sentada sobre ruinas. —La situación del Perú ante la ferocidad española imponen a V. E. el deber de volar en su defensa como el Vengador de América: he allí un nuevo teatro de hazañas y de gloria. —Los bravos de Colombia que con las aguerridas tropas del Plata y de Chile, burlando los planes del enemigo, quedan acampadas delante de las fortalezas del Callao; el refuerzo que se espera con V. E.; la numerosa división que nuevamente ha salido de las costas chilenas; la expedición libertadora que felizmente desembarcó en Arica compuesta de valientes peruanos resueltos a vengar en los mismos campos de Torata la última injuria que allí les hizo la fortuna: todos, señor, son elementos que sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija, un genio que los lleve a la victoria. Y todos los ojos, y todos los votos se convierten naturalmente a V. E."

El general Bolívar contestó a esta brillante y expresiva peroración del gran patriota y poeta guayaquilense, declarando que el deber solamente le había detenido en las fronteras de Colombia: que había implorado el permiso del Congreso de su patria para poder llevar su espada al servicio de sus hermanos del Sur; pero que esa gracia no le había sido aún concedida, y que mientras no lo fuese su religioso respeto por las instituciones de su patria le impedían abandonar el territorio colombiano.

¡Señores! ¡Deslucidas en extremo aparecen ahora las palabras de Vicuña Mackenna que cité al comienzo de este discurso, con las cuales el escritor chileno afirma que Bolívar no reconoció autoridad superior a él mismo; que para él no hubo Congresos ni fronteras! —Censurable, muy censurable es la ligereza con que fueron escritas esas desdorosas ideas por persona de tanta inteligencia e instrucción, porque resultan completamente falsas ante la admirable conducta del Libertador.

Dignaos perdonarme, señores, ese desahogo que un violento impulso de la justicia herida ha arrancado a mi palabra.

Prosigo, ya para terminar.

Volvamos los ojos a Lima y al Callao.

Tristes disensiones entre el Congreso y el nuevo Magistrado fueron nubes tempestuosas, que se aglomeraron en el cielo de la naciente república, mientras Canterac, queriendo aprovechar la ruidosa victoria de Moquegua, juntó en Jauja un ejército de ocho mil hombres y marchó con él sobre Lima. Congreso y ejecutivo vieron

entonces la inminencia del peligro común, pero desconcertados cual estaban no sabían cómo juntar sus fuerzas para la defensa: el enemigo que cuando avanzaba sin estorbo, no les daba tiempo a fútiles cavilaciones; y al fin todos volvieron al egregio Sucre las miradas y pusieron en sus manos la suerte del ejército que apenas contaba tres mil quinientos soldados. El hábil capitán decide que se abandone la ciudad y que el Gobierno de la república y su ejército vayan a guarecerse en el inexpugnable Callao mientras se delibera con la calma y el acierto que las graves circunstancias exigen.

Verificada esta salvadora operación, de que ya ha dado cuenta Olmedo a Bolívar, Canterac ocupa Lima el día 18 de junio, mientras en el Callao continúa el vergonzoso escándalo del desacuerdo entre el Cuerpo legislativo y el Presidente de la República con todas las desoladoras consecuencias de una situación anárquica.

Cuatro días después de ocupada Lima por el enemigo, el Congreso peruano resuelve la deposición de Riva Agüero y se traslada a la ciudad de Trujillo para continuar allí sus sesiones.

Un mes permanece Canterac en Lima, al cabo del cual la abandona con su ejército y vuelve al Sur en busca de Santa Cruz. Sucre entonces marcha en auxilio del jefe patriota y deja a Torre Tagle del mando del Callao.

Cuando el día 2 de agosto llegó el Libertador nuevamente a Guayaquil, encontró allí un comisionado con desastrosa correspondencia de Torre Tagle. Los nuevos conflictos del Perú se enumeraban en ella con el espantoso laconismo de la catástrofe: la deposición de Riva Agüero; la traslación del Congreso a Trujillo; la disolución del Soberano Cuerpo en esta ciudad llevada a cabo por Riva Agüero con la fuerza armada; la nueva reunión del Congreso en Lima y el nombramiento que en Torre Tagle había hecho para el desempeño de la Primera Magistratura nacional. ¡Infeliz Perú! —Torre Tagle concluía su correspondencia suplicando al Libertador volase sin demora a Lima si quería salvar la República peruana de dos monstruos que iban a devorarla: el ejército de los españoles, y la anarquía de los independientes.

Cinco días después Bolívar recibe el anhelado permiso del Congreso de Colombia para trasladarse al Perú, y sin perder un solo instante, embarcado en el bergantín nacional *Chimborazo*, dase a la vela para el Callao el aniversario de su gran victoria en Boyacá.

Señor Director, señores Académicos, señores:

Es, pues, evidente que la intervención de Bolívar y del ejército colombiano en la independencia del Perú fue solicitada y urgida repetidas veces por el Gobierno y pueblo peruanos, y que fue necesaria para salvar la independencia americana.

Después de la llegada del Libertador a Lima, el monstruo del desorden continuó azotando con ferocidad al Gobierno peruano hasta que llegó a disolverlo completamente. Negras traiciones proyectaron su horrorosa silueta sobre el campo de aquella situación infernal. Bolívar, investido por el Congreso de facultades dictatoriales se hace superior a todos los conflictos, y refugiado en las ricas y dilatadas eminencias andinas, organiza el ejército salvador que al año siguiente del éxodo de Guayaquil, vence en Junín, y cuatro meses más tarde, en Ayacucho, donde el poder español queda para siempre aniquilado en todo el Nuevo Mundo.